

Libardo Ariel Blandón Londoño

Huella Siniestra

HUELLA SINIESTRA

Terror en El Crepúsculo

Libardo Ariel

Blandón Londoño

**Autores Editores
Medellín
2016**

Libardo Ariel Blandón Londoño

Huella Siniestra

HUELLA SINIESTRA

Terror en El Crepúsculo

**Libardo Ariel
Blandón Londoño**

**Autores Editores
Medellín
2016**

Huella Siniestra

Autor: Libardo Ariel Blandón Londoño

Writing: 2016

Edition Copyright 2016: Libardo Ariel Blandón Londoño

Diseño de Portada: LAB

ISBN 978-958-48-2399-1

Renuncia de Responsabilidad:

Los directores, empleados y colaboradores, no se responsabilizan del contenido de este libro. Los puntos de vista, opiniones y creencias, expresados en el mismo, representan exclusivamente, el pensamiento del autor, y propietario del Copyright.

Todos los derechos reservados

Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

All Rights Reserved

It is a crime the total or partial reproduction of this book, his computer treatment, nor the transmission of any form or for any way, already be electronic, mechanical, neither for photocopy, for record or other methods, his lending, rent or any other form of transfer of use of the copy, without the previous permission and in writing of the holder of the Copyright. Only, they can play the same partial paragraphs with reference to the title and author.

A la poetisa doña Olga Hernández y a don Arnoldiy Vargas por la información que buenamente aportaron y que fue de gran ayuda para alimentar la esencia de esta obra...

A ellos muchas gracias.

El autor

INTRODUCCIÓN

Lo que faltaba, una obra de actualidad, un bosquejo sobre las vivencias de los pequeños poblados de nuestra patria que sufrieron el flagelo de la mafia, de los grupos subversivos y de la delincuencia común. Una manera de abordar la historia no contada por temor a ser un desaparecido más, un objetivo militar o ponerse en la mira de los fusiles oficiales o de los administradores del hampa escudados en una bandera ideológica que enarbolan enhiestos, pero que es sólo eso una bandera. No se respetan los ideales. Cometen atropellos, violaciones en todo el sentido de la palabra, asesinan a mansalva, cometen todo tipo de atrocidades y por aquí no ha pasado nada. Roban, asaltan, desalojan a los campesinos de sus tierras, sientan allí su poderío y como reyes se pasean por todo el territorio nacional e internacional, y aquí tampoco ha pasado nada.

Se ve claramente la influencia de los narcos de bajo nivel, quienes se camuflan en los pequeños pueblos que son los más vulnerables. Rápidamente empiezan a desaparecer las fincas productivas, el paisaje cambia en cuestión de meses, los bosques son talados y remplazados por grama, las convierten en hermosas propiedades con su especialidad: los caballos de paso fino.

Desde allí se hace el ocio, el derroche, el festejo, se vulneran las costumbres, se promueve el vicio, la prostitución, la envidia, la inseguridad y se convierte en foco al que le apuestan los señores del monte quienes quieren pescar en río revuelto y utilizan, como mecanismo, la famosa vacuna o bono guerrillero. Todo el que pretenda generar

empresa debe entender y ser consciente de que tiene que pagar los impuestos al Estado -que no son pocos- y la cuota de seguridad a los facinerosos que comercian con la inseguridad de los pueblos.

Allí donde hay mortecina siempre habrá gallinazos, o carroñeros de toda índole.

Por lo anterior es por lo que he venido a comparecer ante el público lector con una buena dosis de elementos que son de conocimiento público, y que puestos en bandeja de plata serán el atractivo.

En una narración de hechos del común y corriente puede develarse el sabor amargo que en la segunda mitad del siglo pasado dejó en el corazón de los colombianos el alacrán subversivo y los capos del negocio fácil, el contrabando y la droga, otro tipo de alacrán mejor presentado, pero igual de venenoso.

La lucha entre estos dos poderes ha dejado medio pueblo a la intemperie y el otro medio diezmado, pero la gracia de Dios es tan grande y la riqueza de nuestra patria tan inmensa que entre estos dos alacranes y las víboras de cuello blanco no han podido arruinarla...

La patria empieza a enfermarse... si sucumbe ante estos tres enemigos

¡Quién pondrá una flor en su tumba!

¡Quién clavará una cruz en su sepultura...!

ÍNDICE

CAPÍTULO I- Detrás de una ilusión	13
1. Nuevas ilusiones	
2. Una nueva cara	
3. El espía	
CAPÍTULO II- Cementerio maldito	55
1 El pantano	
2 La prueba de los alacranes	
3 Feliz cumpleaños	
4 ¿Una premonición?	
5 Los primeros misterios	
6 El Cristo colgante y el primer milagro	
CAPÍTULO III- La huella escabrosa	105
1 El descuartizadero	
2 Dos recursos por los que luchar	
3 La muerte fallida	
4 Intereses personales	
5 El nido de la muerte	
6 El puente de la discordia	
CAPÍTULO IV- Crepúsculo sangriento	155
1 El rastro de la muerte	
2 El grito final	
3 El Matadero	
4 No me encontraron	
5 La faena tenaz	
6 Olvido de un recuerdo	
EPÍLOGO	203
	11

CAPÍTULO I

Detrás de una ilusión



Casa de Campo

CAPÍTULO I Detrás de una ilusión

1. Nuevas ilusiones

Suena el despertador con sus notas que imitan pequeñas campanillas y entonan una hermosa melodía. Son las cinco de la mañana. Es hora de levantarse para asistir al trabajo.

¡Claro! se trata del trabajo de mi esposa, ella luce aún muy pipiola y tiene la juventud necesaria para enfrentarse con entereza a las faenas diarias, es una excelente trabajadora. Yo en cambio soy un vejestorio que está empotrado entre sus propios sueños, un vagabundo de la imaginación, una nave humana que, atravesando las profundas lobregueces del cosmos, va a años luz por las amplias autopistas siderales esculcando entre los astros las ilusiones perdidas de los que fueron y ya no son, de los que estuvieron y ya no están, de los que cuando pudieron no quisieron y cuando ya quisieron no pudieron. Ilusiones que están inmersas en la cotidianidad de los olvidos, olvidos cuyo recuerdo es imposible de atrapar en el lapso entre la ocurrencia y el recuerdo o el recuerdo entre el olvido y el recuerdo de la ocurrencia misma.

Sin embargo, me espera un día colmado de trabajo, con actividades que tengo que desarrollar, una conferencia aquí, una entrevista allí, una visita al otro lado, un almuerzo a la hora de la cena, porque el ajetreo es grande, sobre todo en estos tiempos donde la información es tal que ya no sabemos qué hacer con ella.

Como las circunstancias actuales, por aquello de la senectud, son tan delicadas opté por no volver a conducir e

hice entrega de las llaves a mi hija quien en adelante se encargaría de este menester.

Así que tomé un bus de esos que alimentan el ingreso a las estaciones del Metro para ir en busca del serpentino aparato que me conduciría al lugar de mi destino, todo esto, después de tomarme una succulenta taza de café caliente.

A las carreras llegué a la estación, compré los tiquetes, pasé la registradora, tomé un ejemplar del periódico, que arrumados se exhibían en una mesita, y una vez en el lugar de espera, a pesar de los empujones por la multitud de usuarios, mientras llegaba el Metro abrí la prensa y comencé a hojearla. Me llamó la atención un aviso en los clasificados: “*se vende casa de campo bien situada, al pie de carretera*”. A pocos kilómetros de la cabecera municipal de “Cañadulce”, vereda “El Totumo”. Tomé mi pluma y encerré en un semicírculo aquel aviso “Se vende casa... me quedó sonando el asunto, aunque veía el negocio muy remoto por el factor “dinero”. Como todo buen ciudadano no tenía el dinero disponible para la adquisición del inmueble.

Fue un viaje de sueños, no cabe la menor duda, de sueños... estaba tan entretenido que me pasé de estación, tuve que bajarme y tomar un tren de regreso a la estación adecuada, a la estación de destino. Hice lo que tenía que hacer ofrecí la conferencia, aunque no soy un buen conferenciante, es algo a lo que hay que atreverse en el trasegar cotidiano, hay que desprenderse de las experiencias adquiridas, no hay que quedarse con el conocimiento para uno mismo. No tiene sentido. Tiene sentido, sí, el conocimiento cuando se comparte con los demás. Tuve un

día muy agitado, una agenda algo apretada y sin embargo logré cumplir, a cabalidad con las tareas que tenía programadas para ese día.

Entre los temas que desarrollé en la charla que tuve con aquellos conferencistas, estaba: “lo importante que es visualizar lo que se quiere conseguir”, claro está, poniéndole una gran dosis de energía a lo que se anhela, acariciar la idea de la adquisición y ponerle mucha, pero mucha fe. Regresé a mi hogar cansado, con la corbata floja, el periódico ajado, vuelto una miseria. Yo diría que enfermo de cansancio.

Cuando entré a mi apartamento tiré el periódico sobre la mesita de centro de la sala y prendí la televisión, me puse a ver noticias. Busqué un canal, luego otro, y otro, de pronto algo estresante:

Estaban narrando precisamente la noticia de un ataque guerrillero en una población no muy lejana de la capital. Que asaltaron el Banco del Empresario, que acaba de ser rescatado por la policía un portentoso comerciante, que un accidente aéreo, que detuvieron a un presunto narcotraficante, que la casa por cárcel para un reconocido violador, que se fugó peligroso delincuente, que... bueno cambié de canal buscando algo diferente y ya me tenían loco con las propagandas... que compre, que use, que tome, que lleve, que... en fin la violencia de la TV ya me tenía “Jarto” opté por echar mano del famoso dicho: ¡Apague y vámonos!

Eso hice, me levanté de allí y me di cuenta de que estaba más estresado que cuando llegué, opté por ponerme a leer algunos de mis poemas y terminé escribiendo un par de

sonetos para incorporarlos en mi nuevo libro. Es lo único que me relaja, escribir; escribir por el placer de hacerlo...

¡Gordo! –Me interrumpe mi esposa dejando entrever en su rostro un pequeño asomo de curiosidad.

¡Sí!

¡Dime!

¡Soy todo oídos Cariño!

¿Vas a comprar finca?

¿Finca? ¿y... con qué pues?

¡Como veo en los clasificados del periódico un anuncio señalado! -Comenta mi esposa con tono dulce y con visos de sátira.

Ojalá tuviera dinero para comprarla, sería una buena inversión, no cabe la menor duda, falta ver en qué condiciones esté, no sea que le metan a uno un “Tapao”.

¡Quién sabe por qué la estarán vendiendo!

Suena el teléfono... ¡Gordo es para ti!

¡Hola!

¿Andrés?

¡Ah sí!

¡Cómo te va Andrés!

¡Bien!

¡Muy bien! –Contestan del otro lado de la línea telefónica- ¿Hiciste énfasis en que para lograr algo hay que visualizarlo?

¡Sí!

¡Claro!...

¡Claro!

... me quedé pensando...

Ahora es cuando caigo en la cuenta de un detalle, debo aplicarme a mí mismo lo que predico...

¡Hay que visualizar la casita de campo del anuncio del periódico! También debo aplicar para mí los beneficios de que hablo en bien de los demás. Es una manera de recibir del otro. Es como el médico que agota su salud en bien de los demás, en beneficio de sus pacientes.

Tomé el aviso, lo leí nuevamente como si fuera a comprar la propiedad, me hice a la idea de la adquisición, al día siguiente, a primera hora, llamé para averiguar por la tal casa de campo.

Me quedé asombrado por el costo de la propiedad, estaba a precio de feria, me pareció asequible dado que me la entregaban con una pequeña cuota inicial y me fiaban el resto.

¡Fiao!

¡Fiao!

Pero la cuota inicial, ¿de dónde voy a sacar plata?

De todos modos, quedé con el vendedor de la propiedad en que la veríamos sin ningún compromiso. El fin de semana siguiente nos madrugamos mi esposa mi hija y yo, nos fuimos a conocer la tal casa de campo. Invitamos a unos familiares, entre ellos a Luis Carlos el esposo de una cuñada que conoce muy bien estos negocios para que nos dé su opinión. Llegamos como a las nueve y tres minutos de la mañana al parque principal del Municipio de Cañadulce. Nos reunimos con el encargado de la venta cruzamos unas cuantas palabras, se subió al carro nuestro y partimos rumbo a la vereda el Totumo donde está la finca.

Y... ¿Cómo se llama la finca?

¡El Matadero!

¿El Matadero?

¿Y eso?

¿Por qué ese nombre?

Porque en otro tiempo ahí mataban ganado, lo acabaron y construyeron la casa y la organizaron como finca y así se quedó, “El Matadero”

Pensé que se llamaba así porque la utilizaban como pasatiempo sexual, donde se sacrifican los jóvenes por atender bien a sus amantes visitantes... pero ¡Disculpen!

¡Era, era una broma! -Comenté volviendo charla la conversación.

¡Pero tiene sentido! -dijo el señor vendedor. Ese término se acostumbra para expresar precisamente esa idea... a un burdel se le denomina así, “El Matadero.

No tardamos mucho en llegar, nos demoramos como media hora por una carretera destapada, pero en buen estado, siempre se levantó algo de polvo, pues hacía días que no caía ni una sola gota de agua por aquellos parajes de clima más bien caliente a orillas de un río caudaloso.

En un sitio conocido como el Seis nos desviamos y giramos al costado derecho por un sendero o camino más angosto, como a unos ocho o diez minutos estábamos en el patio de una casa solitaria, con unas paredes amarillentas y una techumbre que no se sabía si eran tejas de barro cocido, de latón o pedazos de fieltro, colocados para impedir que se filtre el agua cuando llueve.

Se nota que hace tiempos está cerrada,

completamente abandonada, no se ha caído de milagro...

A esta casa hay que meterle unos buenos pesos. Hay que levantarla de nuevo, reforzar las paredes y cambiarle el techo, pintarla...

Mejor dicho: volverla a hacer. -añade mi esposa en son de charla mientras ocultaba una risa maliciosa que nos hizo reír a todos.

Se destaca a la entrada un amplio corredor con unos pedazos de chambrana aún en pie y otros derruidos tirados en el piso. Unas paredes amarillentas, de tapia, sostienen unos largueros en los que se apoyaba algo así como un techo improvisado, como para que proteja un poco de las aguas lluvias que inclementes se cuelan por entre las alfardas y vigas.

Cuando el señor vendedor abrió la puerta se vino a nuestras presencias una especie de vaho, de aire saturado de polvo y un fuerte olor a abandono, como si en su interior hubiera habido un cúmulo de aire retenido por muchos años y al abrir la puerta se liberó con la fuerza de un gran ventarrón. Algo muy extraño en una casa que ha permanecido solitaria apenas por varios años.

Entramos y nos hallamos en un espacio muy amplio, una especie de sala. Conecta con varias alcobas ubicadas a los lados -también muy amplias-, al fondo está un pasadizo o zaguán que conduce, por el lado izquierdo a la unidad sanitaria y por el lado derecho a un amplio comedor que se destaca por sus amplias puertas y a continuación está la cocina. Una cocina muy espaciosa, tiene una gran despensa con alacenas para guardar el mercado y en el centro se

muestra un gran fogón de leña con varias troneras para colocar las ollas, pailas o peroles en los que se cuecen los alimentos. Al fondo del fogón –contra la pared- se puede ver el tubo de atadores que funcionan como chimenea y permite que el fogón coja fuerza y funcione con eficiencia. Pues estos fogones tienen su tecnología.

Después de la cocina nos encontramos con una poceta de cemento y a un lado una gran piedra semi-hundida la que funciona como lavadero de ropa, después sigue un patio grande y continúa con un solar de grandes proporciones, no se puede apreciar muy bien debido a la cantidad de rastrojo que tiene.

Estábamos observando desprevenidos cuando vimos que algo movía el rastrojo, el señor vendedor tomó una vara que terminaba en un extremo en dos puntas (en forma de Y) y nos pidió que nos retiráramos de allí rápido; empuñó muy bien el palo, lo lanzó con fuerza entre el rastrojo y claro, se perfiló que ondeaba abruptamente una pesada masa fría, se trataba de una enorme culebra como de metro y medio de longitud. Sacó su peinilla y procedió a decapitar a aquel animal.

¡Fue una gran sorpresa!

Salimos de allí todos asustados, pero sabemos que cuando nos hallamos en un lugar como esos fácilmente nos encontramos con sorpresas como esta.

¡Mal indicio! –comenta Luis Carlos con un acento que deja entrever un sabor agrio en sus palabras.

Las culebras son entes de mal agüero, culebra es culebra, yo particularmente las odio, las detesto: decía.

El vendedor guardó silencio... al cabo de unos minutos habló intempestivamente y dijo... ¿Les gustó la finca?

Hay que recuperarla y eso vale un billete, todo depende del precio y del historial que tenga el inmueble.

Hablaron de un precio que llamó la atención por bajo. Además, se les proporcionó la compra dado que le recibían uno de los vehículos como parte de pago y el resto en cómodas cuotas mensuales, era una verdadera ganga.

Y el historial, ¿qué tal?

No... no sé...

Esta ha sido una zona más bien sana... en otro tiempo fue visitada con cierta frecuencia por los subversivos, pero ya eso es historia, el pueblito es un lugar acogedor con un clima más bien cálido y goza de buenas costumbres.

Resolvimos hacer el negocio y adquirimos la tierra con su vetusta vivienda, un programa bueno para ocupar los fines de semana, venirse con la familia y a trabajar en la recuperación de la casa, hacerla vivible.

A la semana siguiente nos encontramos en la Notaría Municipal, entregamos uno de los carros, hicimos las Escrituras, el traspaso de papeles de propiedad del vehículo, y nos fuimos rumbo a la finca, a nuestra Propiedad.

Llevamos escobas, traperas, utensilios de cocina y de aseo, como detergente, limpiadores, y algo de mercado, además algunas cobijas solamente ya que la casa estaba dotada de algunos camarotes y algunas camas con colchones aún utilizables.

Pasamos un fin de semana bastante agitado, nos llevamos a Arnold mi hermano para recuperar la estructura

de la vivienda ya que él es tan baquiano como nadie para estos menesteres.

Mi señora y sus dos hermanas disfrutaban alegremente del aseo del lugar, a voliar escoba y traperera se dijo, a Luis Carlos se le ocurrió la gran idea de prender el fogón de leña para hacer un asado, el que disfrutamos todos sin reparos por el exceso de trabajo en aquel puente festivo.

Mientras unos nos encargábamos de administrar la música, otros el guaro o las cervecitas, otros las carnes, pero todos teníamos una tarea: recuperar aquel lugar.

De pronto allí se escuchó una voz femenina, por característica, muy dulce... ¡Gordo!

¡Gordo!

¡Asómate rápido!

¡Qué ocurre mi negra!

¿Dónde estás?

¡Aquí en la despensa!

Entré a la cocina, me dirigí hacia allí y...

¡Mira gordo!

En esta alacena hay mercado, está algo viejo, pero no tanto como las ruinas de esta casa.

Eso es que alguien de los dueños estuvo por aquí hace algunos meses y dejaron eso ahí mientras volvían. -Le dije tranquilizándola.

Pero no le pare bolas a eso, no vale la pena. Bótelo a la basura y organice el nuevo mercado...

¡Cuidao Rosalba!

¡Cuidao!

Mira ese alacrán que está ahí en el estante, cuidao te pica, dame esa chancla yo lo mato, y pilas con el otro que debe de estar cerca, recuerda que ellos andan en parejas. Dicho y hecho.

Al correr un tarro de plástico, que contenía sal, estaba el otro alacrán, el compañero. También fue víctima de nuestro instinto asesino con estos bichos y sucumbió aplastado bajo la chancla que mi esposa me facilitara.

No falta, sino, que por aquí haya algún nido repleto de alacranes... dice mi esposa angustiada.

En esos momentos cayó del techo otro alacrán, y otro y otro... cayeron como siete junto a nosotros, el nido se encuentra es arriba, en el tejado; caen y luego desaparecen a través del piso como por encanto.

Y ahora ¿quién duerme pues, con esta lluvia de alacranes? espero que no caigan en las camas –comenté en voz baja, como para mis adentros.

Salimos de la despensa y me quedé obsesionado con el gran fogón de leña. Me encanta, -pensé... y me quedé embelesado observando aquella pieza antigua, ese artefacto que ha trascendido civilizaciones y aún se conserva funcional. Es un tesoro... -me decía a mí mismo.

Mientras estaba rumiando estas ideas dice mi señora:

¡Gordo!

Lo primero que hay que hacer es tumbar ese fogón...
¡Cómo! –grité como loco.

¿Tumbar esa joya?

¡Ni se te ocurra mi Negra!

¿Quién va a cocinar ahí?

¿Tú? -me dijo.

Yo simplemente me quedé callado, no quise argumentar nada, pues yo sabía que ya estaba llevando las de perder.

Ya tendré tiempo para convencerla de conservar aquel fogón de leña que es el centro de atracción de la casa. Salí de allí en silencio, busqué a Arnold, y con él me tomé un par de aguardientes para pasar ese sorbo amargo que burbujeaba en mi cerebro.

Pasamos toda la tarde organizando y limpiando, llegó la hora mejor del programa: ver la puesta del sol en aquel atardecer; un sol rojizo dejaba caer sus rayos en el horizonte mismo en el que se acomodaba luego y dejaba el paisaje en sombras cada vez más oscuras hasta perderse el brillo en la oquedad del negro firmamento.

En esa misma medida el cielo paulatinamente se iba poblando de estrellas y dejaba ver, sin ningún recelo la riqueza astronómica de sus luminosas estrellas.

Fue una noche fantástica, charlamos, nos reímos, cantamos, comimos, todo al compás de la música acompañada con unos buenos sorbos de licor.

Quedamos, antes de irnos a dormir, que madrugábamos para visitar la extensión del terreno y conocer los linderos señalados con mojones de madera, de piedras de gran tamaño y algunos árboles frutales.

Esa noche yo no dormí bien, me pasé el tiempo haciendo planes, me moría por conocer el bosque natural, penetrarlo, aunque fuera con el calor de una mirada desde fuera para no dañar su naturaleza virgen, ya que son ecosistemas prístinos, ecosistemas naturales. En la parte alta, dicen que hay un nacimiento de aguas claras, que es un paraíso, espero que aún se conserve como tal...

Otra idea que empecé a maquinarme mentalmente, mientras los demás dormían plácidamente, fue la de hacer, en la quebrada un cultivo de peces, montar una pequeña industria, esto incrementa un poco las entradas permitiendo un alivio económico en los gastos que se avecinan.

En un momento dado me vi allí en aquel ambiente rodeado de vegetación fresca y muy húmeda que contrasta con un cielo rojizo con visos amarillentos, y nubarrones que se revuelcan en el cielo con furia, como si se tratara de un atardecer cargado de una infernal energía.

Me desperté asombrado y ya no pude conciliar el sueño, pues ese cielo en esas condiciones me mostraba cierto horror en lontananza, un terror crepuscular...

2. Una nueva cara

Son las siete de la mañana y se escucha a lo lejos un murmullo que se parece más a un ruido que al sonido de una emisora radial, es nuestro personaje Jaime que acababa de llegar de dar un paseo por los alrededores, no puede dejar su costumbre de madrugar a caminar haciendo gala de su radio de pilas que no le puede faltar. Esto despertó a más de uno de los durmientes que se quejaban de dolor de cabeza causado por los tragos de la noche anterior.

Pero bueno. Esas no son penas, cada uno se labra su propio futro y eso fue lo que sembraron la noche anterior.

Después de desayunar nos fuimos a recorrer el terreno que habíamos adquirido. En verdad es un buen lote de tierra, unas 160 hectáreas, con un pequeño declive en algunas partes, tiene una gran zona boscosa en la parte más alta, se puede apreciar su exuberancia a pesar de la gran distancia, en la base hay algo interesante: por allí cruza una cristalina quebrada donde se puede nadar, pescar y ahogarse si se quiere... pues cuentan los vecinos que en uno de sus charcos, cuyas aguas son oscuras por su profundidad, se han ahogado varias personas. Dicen que es un charco maldito, lo denominan “Charco Ataúd”

Cuando llegó la hora del regreso, después de andareguear por los alrededores y comernos un suculento fiambre recogimos la basura, los desechos orgánicos los enterremos, regresamos por el costado derecho de aquel paradisíaco lugar encapotado por el rastrojo y, al final nos hallamos en un gran patio empedrado que presenta un

espacio como un escalón redondo bastante elevado, también en piedra; por el aspecto que este presenta ha servido de jardinera. Allí descubrimos una cisterna, que ¡claro! estaba cubierta con una tapa de cemento que albergaba -dicho está- lo que en otro tiempo fuera una hermosa jardinera. Todo estaba cubierto por el abandono... este lugar está muy bueno para que nuestro amigo Andrés ponga a prueba sus dotes de jardinero, y todo por un “Muchas gracias Amigo” y un pequeño detalle como regalo. En este tren en el que nos hemos montado, que tiene tantos vagones cabe mucha gente que puede poner su granito de arena.

... y si no es así, ¿para qué son pues los amigos?

¡No!

¡Jamás!

¡Ni lo piensen!

¡Para explotarlos nunca! -dijo alguien por ahí.

¡No es explotarlos!

Es participarlos y tenerlos muy en cuenta en nuestras actividades familiares, es una manera de acercarlos a nuestro entorno y hacerlos sentir que son valiosos para nosotros.

Continuamos con nuestra tarea: cambiarle la cara a aquel inmueble, mejorarle la apariencia y llenarla de eso que nunca ha tenido: afecto, cariño, paz...

Esa noche nos dio por observar las constelaciones, haciendo uso de una linterna logramos identificar unas diez o doce apoyados en una carta celeste que, consigo llevaba nuestro invitado Luis Carlos.

Fue divertido